



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 20 de Marzo de 1864.

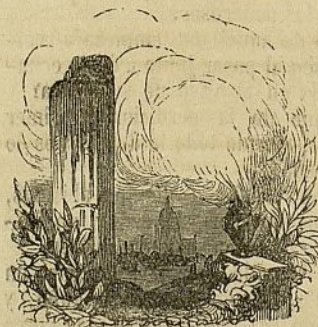
NÚM. 17.

### SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—La Semana Santa, por D. José Selgas.—Escala vegetal, por D. P. G. Cadena.—Casa de Cayo Salustio, por D. F. M.—La Semana Santa, por D. Angelino Esteller.—Domingo de Ramos. (Poesía): Dedicada á mi amigo Luis Barco, por Don Maximino Carrillo de Albornoz.—La muerte de Jesus, (soneto) por D. Juan José Bueno.—Al pié de la Cruz, (poesía) por D. Felix Pizcueta.—Un lance de honor: Narracion de un loco, (conclusion) por D. Rafael Blasco.—Coronas votivas, por D. F. M.

**Láminas.** Vista de la casa de Salustio, en Pompeya.—Corona votiva del rey Godo Flavio Recesvinto.—Coronas votivas de la real familia de Recesvinto.

### REVISTA DE LA SEMANA.



Los acontecimientos europeos son un simil de la larga estela que dejan en pos de sí las embarcaciones sobre la superficie de las aguas; sus círculos adquieren una estension extraordinaria. Muchas naciones siguen gestionando para buscar los medios de poner un dique á la guerra danesa, pero la impetuosa corriente de los sucesos se desborda y no hay poder suficiente que los contenga.

Dinamarca ha rehusado decididamente la proposicion inglesa de una conferencia para el arreglo.

Interin se ventilan algunas cuestiones diplomáticas, el teatro de la guerra sigue presentando sangrientas escenas; habiendo empezado el dia 13 el bombardeo de los atrinchamientos de Duppel.

En los Estados-Unidos siguen las operaciones de los ejércitos combatientes, y la derrota de los federales en la Florida es un hecho consumado.

Los planes de Napoleon llegarán dentro de poco tiempo á ser una verdad, pues pasadas las próximas Pascuas se proclamará emperador de Méjico al archiduque Maximiliano, para lo cual recibirá en Miramar á la diputacion mejicana.

La inexorable muerte ha envuelto en sus sombras al rey de Baviera. S. M. Luis II, de edad de 18 años, es el llamado á gobernar, y por lo tanto á ser testigo de los grandes sucesos en que está envuelto el mundo.

El rey difunto estaba muy preocupado con la cuestion de los Ducados, y su último acto fue firmar las instrucciones que daba á su representante en Francfort.

Las noticias de Santo Domingo son satisfactorias, y nuestras tropas siguen dando evidentes pruebas del valor que les es característico.

Dejémos circunscritos en su esfera estos acontecimientos y reanímemos el espíritu en los copiosos manantiales de sucesos mas halagüeños.

El célebre Rossini ha dado una suntuosa fiesta musical en su casa: han asistido todos los mejores artistas y lo mas selecto de la sociedad: donde se cantaron piezas escogidas.

El proyecto del teatro Nacional parece sigue en vias de realizarse, y no solo se han reunido varias personas en la redaccion de la *América* por invitacion del Sr. Asquerino, para tratar sobre los medios mas convenientes de llevar á efecto el pensamiento, sino que el Sr. Ministro de la Gobernacion ha dicho confidencialmente, que si continúa en el poder, para el mes de Julio se pondrá la primera piedra.

Esta determinacion ha causado, como era de esperar, una viva alegría, y se han nombrado personas muy respetables para que pasen á dar las gracias en nombre de la comision al Sr. Cánovas del Castillo.

Nuestro dignísimo colaborador el Sr. Selgas ha terminado una zarzuela que lleva por título *De tal leña tal astilla*, y segun los periódicos se pondrá pronto en escena en el teatro de Jovellanos.

Tambien otros célebres escritores han terminado algunas obras, que han tenido la mejor acogida por parte del público y merecido las frases mas lisonjeras de toda la prensa de Madrid.

Nuestra compañía dramática se encuentra en Valencia y no suponemos nos hagan desear por mucho tiempo el ver puesta en escena *Venganza catalana*.

El Turia sigue tranquilo su curso, y los habitantes de la ciudad acariciando todavia en su imaginacion el efecto que les ha producido la popular fiesta de las fallas de San José.

En estos momentos la gran masa de la poblacion enmudece y se apresura silenciosa á oir la palabra Divina, y á postrarse ante la Cruz del Señor, símbolo del cristianismo.

GERÓNIMO FLORES.



## LA SEMANA SANTA.

## I.

Hay días cuya santa solemnidad viene á despertar en nuestro corazón el sentimiento más alto de nuestra existencia, el recuerdo más misterioso de nuestro origen, la única esperanza de nuestro porvenir.

La religión llama á nuestra memoria con la voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redención del hombre.

La raza de Adán ha sembrado la tierra de iniquidades.

Todas las aguas del diluvio no han podido lavar la inmensa mancha de sus delitos.

Solo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen, y es preciso un sacrificio.

La justicia pide la expiación, la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de oprobio: la víctima ha de ser pura y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran día y entra en Jerusalén el Redentor del mundo.

El pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfantes y con ramos de oliva. «Tendía sus vestidos por el camino y echaba ramas de árboles y hojas de flores y lo seguía clamando: Bendito sea el que viene en nombre del Señor.»

Poco después lo crucificó.

Uno de sus discípulos lo vende por treinta monedas de plata, y la señal para entregarlo á sus verdugos es un beso de paz.

San Pedro lo niega tres veces.

Es abofeteado y azotado, escupido y escarnecido.

Cíñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesús.

Lo llevan á casa de Caifás, á casa de Pilatos en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan sobre sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra agobiado bajo el peso de la cruz.

Sube al Calvario, y sus manos y sus pies son desgarrados por los agudos clavos que los traspasan.

Así es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavía lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diría que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos angustiosos dolores no tengan ejemplo, y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed, y humedecen sus labios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha agotado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¿Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginación más cruel y más fecunda!

¿No se cree que la barbarie de los hombres ha llegado á los límites de la perversidad?

Pues sin embargo, aun hay una gota, la última gota, en el fondo de ese cáliz de amargura.

Falta todavía el último ultraje y la última crueldad.

Lonjinos clava su lanza en el pecho del Hijo de Dios y el sacrificio queda consumado.

La razón turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo; sus personajes Dios y los hombres; su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de

una misericordia más grande que el universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres. El altar es la tierra, y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada, ha tomado sangre para perderla hasta la última gota, se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire, la mar se humilla ante su planta, el fuego se oscurece ante sus ojos, la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué fiera hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que va á ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazón.

Este es el eco inextinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La semana Santa es el augusto aniversario de una pasión tremenda, es el recuerdo de nuestra salvación.

El bullicio de los placeres huye avergonzado, los vicios se ocultan, las pasiones se amansan y la fe llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera más suave, y que todos los corazones palpitan á la vez oprimidos por el peso de una santa tristeza.

En Madrid se esparce un silencio que todo lo llena.

El ruido tumultuoso de esta población desaparece.

El estruendo de los coches se suspende, las campanas mudas no se atreven á turbar el reposo del aire, y la gente va de templo en templo silenciosa y tranquila.

Todo se suspende en estos días de recogimiento y de tristeza, como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplación de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazón, y alienta la esperanza.

Todo lo que pide el Dios crucificado es arrepentimiento.

Los misterios de la religión cristiana son para los ojos mortales, lo que la luz intensa de un sol de medio día para esas aves que solo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejantes al sol, todo lo llenan de claridad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento más poderoso puede ser incrédulo, pero ¿llegará á serlo nunca un corazón sublime?

¿Cuántas veces los *espíritus fuertes* descubrirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida para la salvación de su patria!

¿Cuántas veces doblarán la rodilla ante la estatua de un rey que ha salvado á su pueblo á precio de su sangre!

Y sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por la humanidad.

¿Negarán la deuda porque no hay con que pagarla?

¿Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo, puede una madre dejarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas, y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo!

Pero esto es la continuación del sacrificio. La pasión no ha concluido.

Los personajes del drama santo prevalecen. Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su maestro, por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La pasión es la historia de la humanidad.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalén! Tú te has estendido por el mundo, pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta dolorosa peregrinación.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

## II.

El tiempo es santo.

Por vigoroso que sea el impulso que nos tiene en continuo movimiento hemos llegado á ese período del año, á esa semana solemne en que es preciso pararse.

Parece mentira; después de haber adelantado tanto llegamos á un momento en que no hay más remedio que retroceder.

He aquí un caso que no se había previsto al declarar á la humanidad en perpétuo progreso.

Se me representa en estos días el espíritu humano bajo la forma de un niño que ha perdido su casa.

Se ha extraviado en el confuso laberinto que forman las encrucijadas de una ciudad populosa.

Las calles le van saliendo al encuentro como si experimentaran un verdadero placer en apartarlo cada vez más de las inmediaciones de su casa.

Se puede decir que una lo deja y otra lo toma.

Por un refinamiento de crueldad incalculable parece que cada esquina le hace creer que detrás de ella acaba de ocultarse lo que busca.

Todas las *bocas-calles* se le acercan y pronuncian á su oído, como la revelación de un secreto, estas engañosas palabras:

«Por aquí.»

Las casas mismas, que llevan en sí la alta misión de poner al hombre á cubierto de las indiscreciones de las calles; ellas que guardan tantos secretos y ocultan tantas miserias, caen también en la debilidad de engañar al pobre niño que ha tenido la desgracia de extraviarse.

A lo lejos todas las casas le parecen la suya.

Pero, ¡bah!; ¿quién no toma parte en la tarea, cuando menos divertida, de extraviar mas y mas al que una vez ha empezado á perderse?

Si un niño no es un testimonio bastante seguro, pregúntesele á las mugeres.

Si la palabra de una muger no basta, pregúntesele á los poderosos.

Desgraciado de aquel que empieza á volverse loco. ¿Quién al pasar junto á él no echará una gota más en el vaso de su locura?

En el camino de la perdición el primer paso es el difícil, porque todo lo demás nos lo encontramos hecho.

¿Qué hay en el fondo de los abismos, que no podemos mirarlos sin sentir un impulso irresistible de arrojarlos en ellos?

El niño va de calle en calle, de casa en casa, esto es, de desengaño en desengaño, y sin embargo cada vez cree hallarse más cerca de lo que busca.

No son solamente las calles las que lo extravían, ni las casas las que lo engañan.

Cuántas mugeres vé le parecen su madre.

Todos los niños que encuentra le parecen sus hermanos.



Todos los hombres que cruzan delante de él le parecen sus vecinos.

El tiempo que no es curioso quizá porque todo lo sabe, pasa como siempre sin detenerse ni un momento siquiera á presenciar los variados incidentes de este incesante espectáculo que se llama mundo.

Si el tiempo fuera curioso, probablemente estaríamos aun en los primeros tiempos.

Pero en vano se llena nuestra época de grandes acontecimientos, de raros sucesos, de admirables descubrimientos.

En vano se tienta la curiosidad de ese sér incomprendible, trazando ante sus ojos misteriosos geroglíficos, planteando absurdos problemas, anunciando interesantes imposibles.

En vano la naturaleza misma se empeña desde el principio del mundo en detenerlo.

Cuatro esfuerzos hace todos los años.

Agota en la primavera los recursos de su belleza, como si quisiera encadenarlo á su hermosura.

Enciende en el verano todo el fuego de su grandeza para sujetarlo á su deseo, como la luz de una bujía encadena alrededor de la llama el inconstante vuelo de una mariposa.

Derrama en el otoño todos los encantos de la tristeza, de esa tristeza irresistible con que las mugeres bañan sus ojos cuando quieren detener al amante que se les escapa.

El invierno tiende por todas partes el frío de la muerte: el agua se detiene, la vegetación se para. Todo es en vano: ni lo reduce la hermosura, ni lo deslumbra la luz, ni lo entenece la tristeza, ni lo hiela la muerte.

El tiempo es así; tenaz como la gota de agua que taladra la piedra, inflexible como la línea recta.

Jamás hemos podido detenerlo.

Nisiquiera vuelve los ojos á mirar, aunque sea de lejos, este magnífico espectáculo, esta gran batalla que se están dando nuestra soberbia y nuestra miseria.

A pesar de nuestra atronadora algarabía, el tiempo pasa indiferente, impasible.

¿Cuánto desden hay en su imposibilidad!

¿Cuánto desprecio en su indiferencia?

No sabe uno si se debe indignar ó avergonzarse.

El tiempo pasa y el niño no encuentra su casa.

Las cosas que se buscan no son precisamente las que se encuentran.

¿Cuántas cosas no se habrían encontrado aun si no hubieran tenido ellas la condescendencia de venir á ponerse en nuestra presencia!

Casi siempre que se descubre algo, lo primero que se vé es que ha podido descubrirse antes.

Después que se sabe una cosa, parece mentira que no se haya visto hasta entonces.

La ciencia ha pasado muchas veces por delante de los descubrimientos que mas la enorgullecen sin verlos, hasta que ellos mismos han dicho: Aquí estamos.

El corazón humano que busca un objeto de cariño, suele no encontrarlo hasta que él mismo le sale al encuentro y le dice: Yo soy.

De esta manera le sale al paso la madre al niño extraviado; lo coje de la mano y lo hace retroceder hasta su casa, desde cuya puerta se había perdido.

Hé aquí lo que hace la Semana Santa.

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos; nos coje de la mano y nos hace retroceder diez y nueve siglos.

En medio de esta civilización opulenta y sabia, en medio de esta libertad moderna y de esta razón casi acabada de hacer, me parece que tenemos derecho á preguntar.

Nosotros decimos: ¿quién eres?

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra misma conciencia:

Yo soy una tradición inmortal.

Este aniversario augusto viene como un

rayo de luz á mostrarnos el abismo que valido de la oscuridad nos atrae hácia sus profundidades.

Por más que gritemos adelante, la Semana Santa nos hace volver atrás.

Esto se verifica de una manera misteriosa y triste.

El ruido de la vida, el tumulto de las pasiones y de los intereses y la agitación de los placeres se apagan como una voz que se extingue.

Parece que la humanidad se oculta en el silencio y en la tristeza, como si no quisiera ser reconocida.

Va á prosternarse ante un sepulcro que ella misma ha abierto, va á besar los pies de la víctima que ella misma ha crucificado.

No es Madrid el pueblo de España donde esta solemnidad se celebra con la pompa magistosa con que tan augusto misterio debe retratarse á los ojos del pueblo.

¿Y por qué?

En Madrid hay de todo: magníficos palacios, un gran teatro, acaso un gran pueblo, muchos grandes hombres, casi toda la grandeza de España; de aquí salen siempre las grandes cosas; tal vez en estos instantes se fraguan grandes acontecimientos.

Esto es natural: los que gozan, los que medran, los que intrigan, los que saben vivir no debían quedar desatendidos.

Los que creen... eso es otra cosa. Quizá quieren demasiado para estos tiempos de economía y de política.

Quieren un gran templo.

JOSÉ SELGAS.

## ESCALA VEGETAL.

### I.

Los rayos del sol, evaporando el rocío, despertaban las emanaciones embriagadoras del monte.

Desde el lecho del torrente las aves saludaban á sus compañeras bulliciosamente alojadas en las copas de los árboles. La sombra de los pinos, disfumada por la luz oblicua, se prolongaba inmensamente sobre la tierra verde ó rojiza del coto.

Luis dijo á Carlos, preparando la escopeta.

—Alerta, que en esa loma están las perdices.

Carlos aspiraba con deleite las emanaciones de los tomillos y sumergió la mirada en el horizonte, buscando un espacio bastante capaz para alojar la opulenta comitiva de su pensamiento de enamorado.

La perdiz voló de los romeros, batió las alas con vuelo ruidoso y cortando la línea de ilusión que ponía en contacto los ojos de Carlos con los espacios imaginarios, describió un semicírculo y se perdió en la espesura de los árboles.

Luis iba delante y al oír el vuelo del ave, acudió á enmendar la omisión de su compañero; pero el plomo tardío se alojó en la corteza de un pino.

Luis apoyó la escopeta en el suelo, las manos sobre el cañón y la barba sobre las manos; y mirando en esta actitud al distraído cazador, le dijo:

—Chico, tú no estás bueno. El otro día en la mesa, por cojer el pan me cojiste la mano y me la hubieras partido con el cuchillo á no ponerse de mi parte el instinto de la conservación. Ayer me llamaste Enriqueta cuatro veces y me ofreciste el brazo en la escalera, tomándome por Dolores. Esta mañana al entrar en el coto has estado á pique de caer en una zanja y ahora dejas pasar una perdiz á dos varas de tus narices sin acordarte de que llevas al hombro una escopeta. ¿Qué demonio, hombre! el amor no escluye el sentido común.

—¡Luis, Luis!... exclamó Carlos con entonación dramática; ¡tú no sabes lo que es amor!

—Si el amor consiste en cortar manos, trocar los sexos, romperse la crisma en las zanzas y perdonar la vida á las perdices, me felicito de no haber conocido nunca esa calamidad.

—Tú eres un hijo del siglo, Luis; tú has puesto á secar el alma al sol de la civilización.

Luis soltó una carcajada que hizo temblar en sus cimientos el espiritualismo erótico de su compañero.

—Bonita frase, chico; guárdala bien para diluirla en un vaso de agua de la fuente Castalia y harás con ella un centenar de versos endecasílabos para consuelo de las almas contemplativas.... Desengáñate, Carlos, el idilio no es la poesía de estos tiempos.... La inteligencia ha escalado los palacios, la virtud ha perdido la timidez de los campos, y el amor ha renunciado generosamente á las cabañas y al régimen puramente espiritual.

—Eso es decir que el amor ha vuelto á dar en el sensualismo de los tiempos paganos.

—Eso es decir que el amor se ha cansado de andar á salto de mata y gusta de alojarse cómodamente. El mundo ha hecho grandes adelantos, camarada, y cultiva muchas cosas que se hallaban en estado de naturaleza. El amor, por ejemplo, ya que hablamos de ese achaque de nuestra apocada naturaleza; el amor ha sido siempre una especie de planta salvaje, que arrastraba una existencia efímera y deleznable, espuesta á todas las intemperies y perfectamente desconocida de los botánicos del sentimiento. Pues bien, nosotros los incansables exploradores del siglo de las luces, hemos descubierto que el amor es una planta exótica, oriunda del cielo, y cuya existencia no se prolonga en este mundo si no por medio de la estufa y del invernáculo.

—¿Qué mejor invernáculo que el corazón?

—¡Desgraciado!... El corazón es la intemperie. En materia de amor esa entraña no dá mas que la primera materia: lo demás ha de ser obra del arte.

—¡Sacrilegio! exclamó Carlos tapándose los ojos con la mano: ¡luego para tí el amor es farsa?

—¿Y quién te ha dicho que el arte merezca ese nombre? ¿Copérnico es un farsante por que descubrió el movimiento del universo? Pues no es menos artista el marido que se aplica á descubrir la órbita en que giran los sentimientos, las inclinaciones y las flaquezas de su muger. ¿Y crees que este trabajo de atención se lleva á cabo mirando á las estrellas, dando suspiros al aire, hilando metafísica y paseando la inteligencia por los espacios imaginarios?... Veamos; tú amas á una muger....

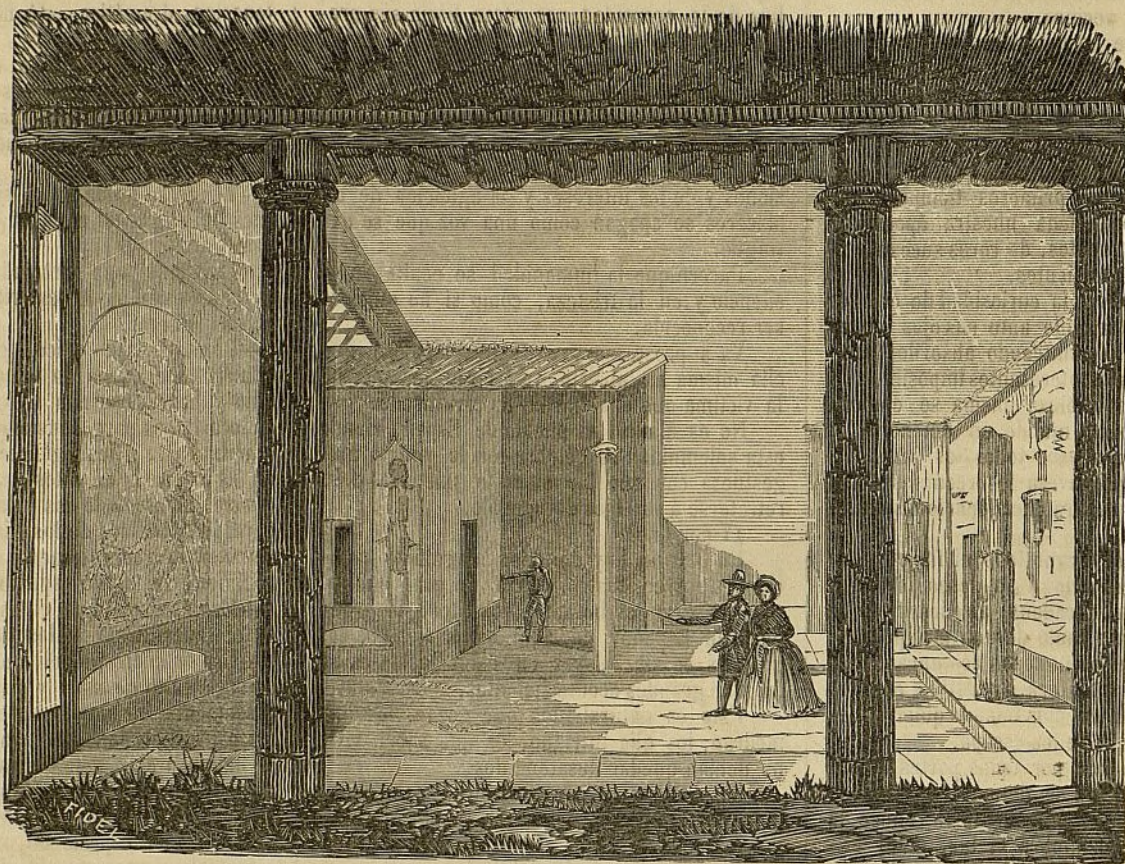
—¡A un ángel!

—Bueno; á un ángel de este mundo y de este siglo; á un ángel que ha tendido las alas por el teatro Real y se ha envuelto en céfiros de la modista á la moda. Pues bien, ese ángel que ahora te trasporta al séptimo cielo de la felicidad, te hará caer mañana en el limbo del hastío si no pones tasa á la evaporación del sentimiento y organizas el culto en una esfera práctica y esencialmente conservadora.

—¡Organizar el amor! ¡reglamentar la expansión del sentimiento!... ¡Secar ese manantial bendito que brota del corazón y anticipa en este mundo el éxtasis del paraíso!...

—El éxtasis es la felicidad de los santos, amigo mío, y esa felicidad solo es duradera cuando se adora la perfección Divina, pero una muger, aunque se llame Enriqueta, no es la divina perfección, ni punto menos; desengáñate, pobre Carlos y baja de las regiones etéreas donde no pueden respirar por mucho tiempo los pulmones del hombre. El amor es un arte; la sensibilidad nos dá la inspiración; pero esta es impotente sin el producto de la





VISTA DE LA CASA DE SALUSTIO, EN POMPEYA.

filosofía, y se evapora cuando el talento no viene á darle forma y hacerla vivir en los detalles. En una palabra, tienes en tu mano los elementos de la felicidad: un amor intenso y una mujer encantadora: con eso puedes hacer un paraíso; pero no lo crearás soñando. Dios es Dios y ha tenido que poner su voluntad para hacer el universo. Ea, pues, amigo Carlos, manos á la obra y ojo avizor á la caza. Las perdices no están reñidas con el amor, y yo sería quizá esta noche el mas desgraciado de los hombres si no llevara á Dolores un par de esos animales.

—¿Cómo, Luis! ¿la felicidad del amor puede depender ni por un solo instante de tan mezquino objeto?... ¿Qué es entonces la mujer?

—La mujer es ella misma, más el hombre; la poesía del sentimiento, más la poesía de la materia; el ángel del hogar, más los muebles de su gabinete, más la dicha del hogar, más las fluctuaciones del humor, más la incógnita.... Sobre todo no descuides la incógnita.

—¡Calla, calla, asesino! yo no bajaré jamás á los abismos de tu abominable filosofía: yo no convertiré la religión del sentimiento en una serie de miserables transacciones. El amor vive de sí mismo: es un foco eterno de luz, un manantial inextinguible de vida. ¿Y tú quieres velar esa luz y enterrar ese manantial en un cauce mezquino, profundo y tortuoso? Quédate para tí el detestable mecanismo con que pretendes suplantar la ley del universo. Yo no renuncio á mis ilusiones, y el idealismo del sentimiento vivirá al calor de mi corazón.

—Guárdalo del primer frío, dijo Luis mecendo los hombros como quien dice: Allá te las compongas con tus ilusiones.

Y echándose la escopeta al brazo emprendió la loma arriba en busca de las perdices, dejando á su compañero en libertad de pasear la fantasía por los jardines encantados de la ilusión.

Carlos se sentó al pié de un árbol y se puso á escuchar el silencio, que es la voz fa-

vorita de los enamorados y de los estáticos. Toda la elocuencia de esa voz complaciente que nos habla á medida del deseo, se había condensado para Carlos en una sola palabra, en un solo nombre: Enriqueta.

Enriqueta; ó lo que es lo mismo: el ser ideal, la mujer Mesías, el universo, la felicidad.

¿Quién de vosotros no ha llenado una vez en su vida el universo con el nombre de una mujer? ¿Quién de vosotros no ha tenido una vez en su vida bastante poesía en el alma para creer que el mundo sería un desierto inhabitable á no haber tenido Dios la inspiración de crear una mujer, entre el número infinito de mugeres que pueblan la superficie de la tierra?

¿Quién de vosotros no ha creído por un momento que el azul de los cielos, el canto de las aves, los perfumes de la naturaleza, no tenían mas objeto que el de cobijar la frente, regalar el oído y perfumar el ambiente de la mujer adorada?

¿Quién de vosotros no se ha creído un semihombre al verse dueño del único dechado de perfección concedido á la tierra?

¿Quién de vosotros no ha soñado con los ojos abiertos por espacio de cuatro meses?

¿Quién de vosotros no ha puesto por testigos al cielo y á la tierra de la eternidad de su pasión?....

La explosión de la escopeta de Luis sacó á Carlos de su éxtasis. Las ilusiones que revoloteaban al rededor de nuestro Macías, se alejaron en confuso tropel, y cuando había pasado el susto volvieron tímidamente á su foco de atracción.

Carlos sacó una cartera y un lápiz y las alineó en esta forma sobre una hoja de papel.

(Se continuará.)

P. GARCIA CADENA.

## CASA DE CAYO SALUSTIO

SEGUN EL EPICRAFE:

C. SALLUST. M. F. que se leía en la pared exterior.

Esta casa es una de las mas notables y de mayores dimensiones de la via domiciana, y aunque su forma no es semejante á la de Pansa, se parece mucho á ella por lo tocante á su distribución. Es de notar con qué destreza supo el arquitecto evitar las dificultades que presentaba el terreno comprendido en un cuadrilátero irregular.

La primera de las dependencias afectas á esta casa es una panadería, en la cual se encontró un horno, aparatos para moler, mesas de mármol, una hornilla, ánforas con harina y otras vasijas, todo puesto en su sitio. La tienda inmediata era un bodegon. En ella se encontró tambien un horno y siete ú ocho ánforas ú orzas empotradas en un macizo de la pared, algunas de las cuales tenían aceitunas, aceite y una especie de salmuera ó salsa llamada *garum*. Puede creerse que aquel era el sitio que el propietario tenía destinado para la venta de aquellos efectos, pues la tienda tenía comunicacion con el interior de la casa.

El *protirum* ó vestíbulo, que está muy distante de parecerse al que segun descripción de Aulo Gelio tenían los grandes palacios de Roma, viene á ser un ejemplo en pequeño, un principio de aquella parte de las distribuciones que se notaban en las viviendas romanas. La casa de que nos ocupamos tenía cuatro aberturas, de las cuales la que daba á la calle estaba cerrada con una puerta *quadri-valva*, esto es, de cuatro hojas, que se replegaban sobre sí mismas.

La puerta estaba adornada de pilastras con capiteles, y en ella se ve á Marcias enseñando á Olimpo á tocar el caramillo. Este asunto ha sido superiormente tratado en el incomparable grupo farnesiano en mármol griego, existente en el Museo.

Así como en la casa de Pansa, el *cavedium*



contenia un *impluvium* ó estanque en medio del cual se encontró sobre una base de mármol un grupo en bronce de la mas rara hermosura por la pureza del estilo griego. Era asunto de aquel grupo Hércules en el acto de alcanzar á la carrera á la cierva de los piés de cobre y cuernos de oro; el surtidor de agua que esta cierva arroja por las narices venia á recogerse en una concha de mármol blanco. Las gracias de la juventud y de la fuerza son del mas bello ideal en el rostro del hijo de Júpiter, y su ademan tan difícil de espresar en semejante asunto, fue felizmente concebido y puesto en egecucion por el artista. Este grupo, cuyo mérito y delicadeza es superior á cuanto puede decirse, se conserva en el Museo de Palermo, y existe una copia suya egecutada en yeso en la coleccion de monumentos de la edad media.

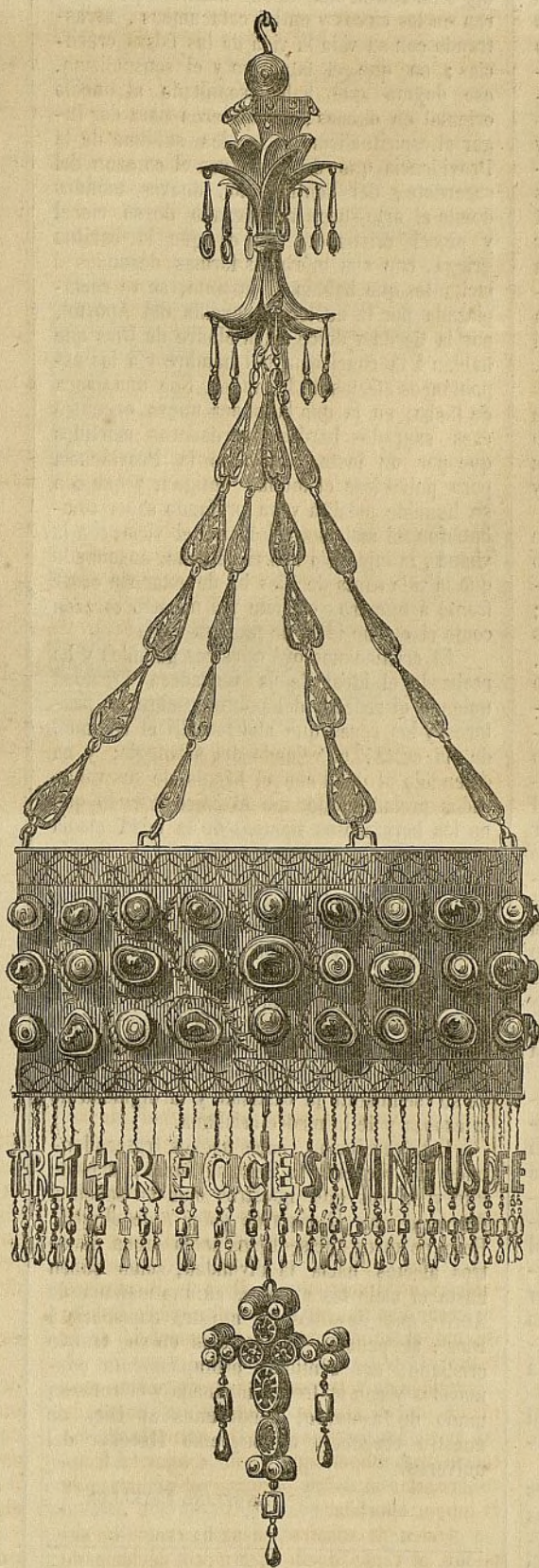
Detrás de la base de mármol que sostenia este precioso monumento, se halló una mesa de mármol cipolino cuyos piés de laton figuran la garras de un águila. A la izquierda se ven dos aposentos cuyos frescos, divididos en compartimentos, estaban adornados de máscaras escénicas y de aves y cuadrúpedos, sobre fondos de distintos colores.

Dentro de la casa y enfrente del *atrium*, está situada la *exedra*, y detrás de este salon un delicioso jardín embellecido con variadas columnas. A un lado se veia el *nymphæum* ó baño doméstico, con su fuente y al otro lado el pozo. El espacio que mediaba entre estas dos localidades era un jardín de flores, y la pared que estaba al frente completaba lo delicioso del sitio con sus caprichosas pinturas que en sus diversos compartimentos representaban árboles, aves, peces, liebres y otros animales. Hacia el baño se veia un *monopodium*, ó sea una mesa sostenida por un solo pié en cuyo alrededor estaban colocados tres bancos que, cubiertos con sus correspondientes colchones de pluma, serviría de triclinio ó mesa de comedor durante el verano.

Encuétrase en esta casa un aposento secreto cuya disposicion y pinturas denotan haber sido un *Venerium* particular. A la derecha del átrio hay un corredor estrecho que conduce á los departamentos secretos. Compónese este segundo cuerpo de edificio de diversas cámaras que no tienen mas que diez piés cuadrados de estension y reciben la luz de un patio descubierto rodeado de un pórtico. Sus columnas octógonas conservan el hermoso color encarnado que tambien campea en todos los demás aposentos.

La pintura que ocupa toda la pared que está enfrente del perístilo representa á Acteon sorprendiendo en el baño á Diana, y mas allá se ve al mismo personaje devorado por sus perros. Este asunto parece haber sido elegido y puesto en el sitio mas visible, como para servir de advertencia al incauto que se hubiera atrevido á penetrar los misterios de aquel recinto.

Las dos paredes laterales representan el rapto de Europa y la fuga de Hele con su hermano Frixos, por el mar Egeo. En medio hay un *impluvium*, y en los dos ángulos dos aposentos, uno de los cuales ostenta un hermoso pavimento de diversas clases de mármol africano, en cuyas losas se ven graciosos dibujos, y el asunto tan repetido en todas las pinturas de Pompeya, de Marte y Venus.



CORONA VOTIVA DEL REY GODO FLAVIO RECESVINTO, encontrada en Guarrazar, provincia de Toledo. (Véase pág. 136.)

A la derecha, en la pared, se habia construido un *larario*, nicho adornado de un frontispicio; en su cavidad se halló un pequeño ídolo de bronce, un vaso de oro de tres onzas de peso, una moneda de Vespasiano del mismo metal, y otras doce de bronce. En el *cubiculum*, á la izquierda, se recogieron entre otros objetos ocho columnitas de bronce que habian pertenecido á unas camas, á las cuales estaban todavía unidas por medio de pedazos de madera dorada.

La casa de Salustio parece haber estado mas elegantemente adornada que la de Pansa; sin embargo, puede creerse que fue despojada de sus muebles tal vez en alguna antigua escavacion, pues en la que sirvió para la pre-

sente noticia apenas se encontró objeto alguno. De entre las ruinas de una callejuela inmediata á esta casa se desenterraron cuatro esqueletos que tenian cinco brazaletes, dos sortijas con piedras grabadas, dos pendientes de cuatro arillos (todo de oro), treinta y dos monedas y una fuente de plata con su candelabro y vasos de bronce.

F. M.

## LA SEMANA SANTA.

La Semana Santa es todo un poema de dolorosos recuerdos, toda una epopeya en la que Jesucristo hace brotar del corazon humano la flor de la fe y de la caridad, cuyo perfume se esparce por el horizonte sin fin de la esperanza; dias de luto y de universal tristeza en los que el hombre, al par de la creacion derrama una lágrima de gratitud, eterno reconocimiento que sube en alas de la creencia mas pura á Dios. Por eso la memoria, sagrado depósito que el tiempo va transmitiendo por la escala de las tradiciones al través de los individuos que mueren y de los pueblos que sucumben, nos dice cuán sombríos pasaron estos dias para los corazones que profesan la buena nueva, los divinos preceptos de la santa religion del Crucificado. No por eso vamos á vestir de luto, imitando á la naturaleza que aun se envuelve estos dias con el manto de sus negras nubes. Radiante, pues, de júbilo y con la emocion mas tierna vamos á subir al Calvario para ver cómo el vago presentimiento del cantor de la Iliada es una idea que envuelta en la Divina palabra del Hijo de Dios salva el tiempo y el espacio, se encarna en las sociedades, es su inteligencia y su sentimiento. Idea que flota y que aparece en todas las partes, ya en las ciudades, ó en la pobre aldea, en los sombríos bosques, sobre la cima de encumbrados montes, entre las movibles plateadas olas, irradiando siempre la paz que se desprende pura del madero santo. Idea que emancipó al hombre y que alumbró hoy con luz mas dulce el misterio de su vida; que escribe alrededor de las columnas, de los arcos, á lo largo de los pisos, entre los adornos, en la arena del desierto, sobre la bóveda del cielo, palabras de perdon y leyendas de arrepentimiento que rechazan de su seno la injusticia que no cabe en sus dogmas como no cabe en el tiempo la eternidad. Idea santa que al despertarse en las orillas del Cedron, fecunda en consuelo y esperanza para el humilde y el desvalido, abre en el hombre los ojos del alma para que vea ese armonioso cielo donde flotan las candorosas plegarias del niño, la tierna oracion de la pudorosa virgen, los severos salmos del piadoso eremita, la casta palabra del que cree y la sonrisa del que goza.

Nuestro objeto es hoy examinar la inmensa y trascendental revolucion causada por esta misteriosa idea en las creencias de aquellos pueblos que al aparecer ésta, corrieron, cruzándose y dividiéndose al chocar, á sepultarse en el suntuoso mausoleo que Roma les ofreció en asilo como si quisiera reunir en su ciudad y en su templo todas las nacionalidades y los fantásticos delirios de ese viejo y decrepito paganismo que si como historia fue una falsa crónica, como moral era el escándalo. Al encontrarse, pues, la virgen idea nacida en Be-



len y el viejo pensamiento que agonizaba en el Capitolio, la humanidad oyó palpar de gozo su seno porque se sintió rejuvenecida abriendo su corazón á las eternas verdades, los principios evangélicos; á las doctrinas del cristianismo que llenas de expansion, de santa unción y de egemplar mansedumbre respetan y reconocen la personalidad humana emancipando al individuo. Lucha fecunda en prósperos resultados, porque ya no es la nueva idea el símbolo de la antigua ley, no ya el resplandor de la falsa creencia que despide su última llamarada sobre las siete colinas; es ya el espíritu que infunde á todo su aliento divino, es la última fórmula de la verdad religiosa, es el genio del cristianismo que baja del Gólgota, irradiando celeste luz, y modulando fervorosas plegarias que ponen espanto en el corazón de los dioses de la falsa mitología. Espíritu santo que viene á absorber confundiendo en su cáliz los puros aromas de los mundos germano y romano que al llegar la tarde de su dominación se unen en santo cariño en el seno de esa armonía de la creación, en el cristianismo que aparece como la suprema síntesis de donde parte todo progreso, toda civilización; como el lazo que une toda reforma, pues vemos que las instituciones así civiles como políticas, no vienen á ser en aquellos tiempos mas que un desenvolvimiento de la idea religiosa. Eterna ley que crea y dá vida á la creyente palabra de aquellos austeros apóstoles del nuevo evangelio que, al calor del fuego del sacrificio, conservaban la idea santa de la bondad de Dios como el tallo de que habia de brotar la eterna flor de nuestra fe religiosa, y que con su virtud y su ejemplo enseñan el porvenir de mañana donde la esperanza sonríe á todos los desheredados, á todos los débiles, á todos los que padecen y sufren. Aspiración justa que viene á depositar en todos los pechos la semilla del amor que fructifica, y crece, y levanta árbol gigante y de poblada copa bajo la cual se abrazan los hombres en verdadera fraternidad, con cariño santo. Amor que resplandece en todos sus actos; amor que desciende á todas las clases por medio de la caridad, sentimiento que Dios arroja en el corazón del hombre como su gran palanca. Ella hace milagros. Rasga los densos velos de la superstición, y aquellos templos por cuyas bóvedas solo vagaba el vacío y la nada con el frío de la mas glacial indiferencia, se ven iluminados por esta luz divina que hace aparecer á su fulgido resplandor cuadros de eterna bienandanza y de provechosa enseñanza, convirtiéndolos en santuarios dignos de religiosa veneración, donde los pobres mártires entonan un canto de amor cuyo fondo sustancial y cuyo pensamiento íntimo revela la misericordia infinita del tres veces santo.

La cruz reemplaza á todos aquellos dioses nacidos de la espuma de los mares y de las liras de los poetas; pequeño signo, materialmente considerado, está destinado á dar á la fe una forma externa mas imperecedera que esos gigantes peñascos que el pueblo caldeo acumulaba para perpetuar sus creencias y el recuerdo de sus dioses. La Cruz viene á posarse sobre la cúpula de todos los templos para señalar la nueva era de redención en que ha entrado el espíritu humano. Era de lucha, sí, pero era que franquea las puertas del porvenir donde todo un mundo de felicidad y de armonía, de caridad y de amor esperaba al hombre regenerado ya por la nueva religión, cuya moral austera y pura sublimó sus sentimientos levantándole de aquel lupanar en el que al caer habia encenagado su cuerpo y prostituido su alma. Religión que dá una eterna lágrima á nuestro dolor, que abre la fuente de nuestras emociones, que se desprende en rica catarata sobre todos los corazones para engrandecerlos, para hacerles sentir y tomar parte en nuestros pesares y en nuestros dolores; que ahoga el mugido del tigre y el feroz rugir

del león con la voz de sus mártires que mueren en los circos y en las catacumbas, arrastrando con su vida la vida de las falsas creencias; en que el fatalismo y el sensualismo, ese dogma que habia sepultado al pueblo oriental en el caos, desaparecen para dar lugar al espiritualismo, á la idea sublime de la Providencia que despierta con el corazón del sacerdote, del sentimiento, nuevos mundos donde el arte surge regenerado de su cincel y pincel cristiano. Así es que la estatua griega, con sus mórbidas formas desnudas é incitantes que hablan al instinto, se ve reemplazada por la austera y sencilla del Apóstol, por la tierna y dulce de la Madre de Dios que hablan á la conciencia del hombre y á los espontáneos afectos de la muger. Fue una época de lucha, en la que la buena nueva encontró esos sagrados bardos, verdaderos martillos que por un instante levantó la Providencia para pulverizar el mundo antiguo, y que con su humilde palabra y su profundo saber combatieron el mal por el bien, el vicio con la virtud, la injusticia con el derecho, enseñando que la vida santa de Dios ha de estar sin cesar frente á nuestro espíritu y á nuestro corazón como el eterno ideal de nuestra vida.

El cristianismo oyó nuestros gemidos y ha realizado el ideal de la verdadera igualdad uniendo al rededor del pobre pesebre los pastores y los reyes que abdicaron allí el régimen de la casta, el reinado del privilegio; y ha defendido al débil con el báculo de sus venerados prelados que fue el único escudo que en los borrascosos tiempos de la edad media tuvo el pueblo contra las lanzas y la tiranía de sus turbulentos señores. Todo creció á su sombra; la ciencia se salvó en sus templos, el arte en la derrota que hizo sufrir á los iconoclastas, y el comercio y la industria tomaron rauda vuelo protegido por los muros de sus santuarios. El esclavo fue siervo, después colono, mas tarde hombre; la muger no fue ya un juguete y menos un instrumento de placer, la idea que flotaba sobre la Cruz reflejó en su semblante la castidad y la dignidad de la esposa y de la madre cristiana.

Esta revolución, estos hechos trascendentes nos recuerda la Semana Santa; días de luto y en los que nuestros ojos no saben si derramar una lágrima de dolor ó de alegría. Pero nosotros que sentimos como suben nuestros afectos hácia la divinidad, como suben hasta el cielo las alondras en una mañana de Abril, que llevamos en nuestra conciencia á Dios, al penetrar estos días en su templo cristiano, nos sentimos profundamente conmovidos y con la frente inclinada y el corazón mudo de asombro, bendecimos al Dios de nuestra creencia, al Supremo Hacedor del universo.

ANGELINO ESTELLER.

## EL DOMINGO DE RAMOS.

### POESIA.

DEDICADA Á MI QUERIDO AMIGO LUIS BARCO.

Entró Jesús en la ciudad deicida  
Que *hosannas* le cantó, discurre inquieta  
La turba envanecida;  
Hierve la multitud, le arrojan flores  
En su triunfal carrera,  
Y cánticos de amores  
Y bendición repiten por doquiera.  
Paso al Justo, decían  
Ancianos y mugeres, y estas voces  
Los niños y los hombres repetían;  
Y con plantas veloces  
A su encuentro volaban  
Y en su júbilo ardiente, delirante,  
Con olivas y palmas le cercaban.

¡Al cabo la virtud se vió triunfante!  
Al fin el hombre la verdad vislumbra  
Y ensalzando al Señor, á Dios se encumbra;  
Rinde un tributo agradecido al cielo  
Y en *creer* y *esperar* halla un consuelo.

Mas ¡ay! que dura poco  
El propósito fiel, siente en su seno  
Agitarse por fin su orgullo loco;  
Le ciega la soberbia; su veneno  
La torpe envidia en su interior derrama,  
Y concluye frenético culpando  
Al que hoy sin culpas con placer aclama.  
Pronto al olvido dando  
La celestial doctrina  
Los portentos que Cristo estaba obrando  
Para mostrar su potestad divina,  
Con torpe ingratitud y odio infinito  
La turba imbecil pedirá su muerte,

Y con furor maldito  
En la cruz le verá clavado, inerte.  
¡Funesta obcecación! fieros enojos  
¡Qué el alma no concibe!  
¡Qué fúnebre crespón vendó los ojos  
De ese pueblo inconstante  
Que hoy en triunfo recibe,  
Con séquito brillante,  
Y aclama y santifica

Al mismo que mañana crucifica?  
¿Será que el hombre con tenáz desvío  
Mirará la verdad? ¿será que siempre

La virtud ultrajada,  
La santidad vendida,  
La grandeza del alma condenada,  
Se hayan de ver y la virtud herida?

Tornad, tornad los ojos:  
¿No veis como ese pueblo victorea  
A Dios? ¿no veis de hinojos  
A la plebe que alegre le rodea?  
Pues pasad adelante

Y el cuadro cambiará, sus bellas tintas,  
En trueque repugnante,  
Se irán oscureciendo;  
Serán ya tan distintas

Que pavor en el alma irán poniendo.  
En confuso tropel, amotinado,  
Corre el pueblo frenético; le quema  
El afán de exterminio; está sediento  
De la sangre del Justo; ya blasfema  
Y en vértigo se agita turbulento.

¡Muera! repite con furor creciente  
Y lleno de impaciencia:

Avido aguarda la fatal sentencia;  
Crece la confusion, crece la bulla  
Y ya el pueblo no grita sino aulla.  
¡Horror! ¡sublime horror! Fuente de vida

Era Jesús y fuente inagotable  
Que intentaron secar; la envilecida  
Humanidad, en todo deleznable,  
Quiso privar de luz, robarle el viento  
Al que la luz creara

Y los orbes anima con su aliento.  
La humanidad avara  
De un horrible poder que no tenia  
Quiso no obstante consumir su afrenta  
Con apariencia impía  
De justicia: violenta

Desató la calumnia y al humilde,  
Al bueno, al santo, al justo  
Hizo malo y soberbio; hizo su gusto,  
Le postergó á un ladrón, llamóle á juicio  
Y acabó conduciéndole al suplicio.

Y tú, Jerusalén, que ahora le aclamas,  
Que con palmas y olivas le rodeas,  
Que hipócrita le llamas  
Y alegre al parecer le victoreas;  
Tú que luego feróz, dando al olvido  
Su santidad y gloria,  
Harás constar en tu funesta historia  
La ingratitud de un pueblo enfurecido;  
Tú que un instante acatas la grandeza  
De su humildad divina,  
Cesa, cesa en tus cánticos perjuros;  
Dios mira de tu raza la impureza,  
Detesta tu mentira  
Y al derribar tus muros  
Eterna sobre ti será su ira,  
Y eternos y prolijos  
Tus duelos y los duelos de tus hijos.

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.



## LA MUERTE DE JESUS.

## Soneto.

¿Por qué no brilla en la mitad del cielo  
Apagada su lumbré el dios del día?  
¿Quién, robando á los orbes su alegría,  
Súbito de tinieblas cubre el suelo?

¿Por qué las tumbas se abren? ¿Por qué el vuelo  
Suspende el aire, y rebramando impía  
Lanza al zénit la mar su espuma fría,  
Tiemblan los montes y se rasga el velo?

¡Ay! que pendiente de mortal suplicio  
Del Gólgota en la cumbre moribundo  
Consuma el Salvador su sacrificio;

Ruje de ira el bátrito profundo.  
Recibe la Hostia ya el Señor propicio,  
Jesus espira... y se redime el mundo.

JUAN JOSÉ BUENO.

## AL PIE DE LA CRUZ.

Hermosa está la tarde; el sol poniente  
Se refleja en la nube sonrosada.

La brisa mansamente  
Misteriosa murmura en la enramada  
Besando el leve tallo de las flores;  
Canta el pastor en la vecina sierra,  
Detiene el ave su agitado vuelo,  
Y en un sueño feliz duerme la tierra  
Bajo el sagrado pabellón del cielo.

¡Tranquila soledad! ¡Tranquilo instante!  
Lejos aquí del mundo bullicioso  
Que se agita inconstante  
Buscando en la agonía su reposo,  
Detengo ante una cruz mi paso errante,  
Abro mi pecho á la eternal ventura,  
Poso mi frente sobre el mármol frío  
Y envuelto entre suspiros de ternura  
Elevo á Dios el pensamiento mío.

¡Divina cruz! cuando en mi débil hombro  
Descansaba otra cruz de sufrimiento,  
Cuando el peso mis fuerzas agotaba,  
Cuando de paz sediento  
Con lagrimosos ojos te miraba  
Y paz con ronco acento te pedía,  
Una inmensa alegría,  
Cuya dulzura vive en mi memoria,  
Calmaba al corazón estremecido,  
Cual si un destello de la misma gloria  
Inundase mi espíritu abatido.

Porque eres tú la paz, la mas querida  
Promesa de un placer eterno y puro,  
Vivo faro que al alma dolorida  
Le enseña en las tinieblas de la vida  
De proceloso mar, puerto seguro;  
Tabla de salvación que en la tormenta  
El mismo Dios al naufrago le ofrece,  
Tabla de amor que á la esperanza alienta,  
Pues aunque ruja tempestad violenta,  
El que se acoge á ti nunca perece.

¡Divina cruz! Si un tiempo de agonía  
Fuiste instrumento vil, si un pueblo al verte  
De insensato furor se estremecía,  
Y en tus brazos leía  
La sangrienta amenaza de la muerte,  
Desde que el hombre Dios de ti suspenso  
Lavó tu tronco con su sangre pura,  
Eres la prenda del cariño inmenso  
Que eleva al criador la criatura.  
Eres de la esperanza  
Símbolo por la esencia y por el nombre,  
Eres salud, amor y bienandanza,  
Que quien se fía á ti dichoso alcanza  
Trocar en ángel su miseria de hombre.

¡Divina cruz! El alma se engrandece  
Cuando adora tu imagen soberana,  
Donde tú vives la virtud acrece,  
Donde tú reinas solo resplandece  
Con rica luz, la caridad cristiana.

Tú al seno suspendida  
De tierna virgen, su oración acoges;  
Tú el último suspiro de la vida  
Piadosa recoges  
Junto al lecho del triste moribundo;  
Tú su dolor profundo  
Con la esperanza de otro bien consuelas;  
Tú al lado del que llora  
Como una madre cariñosa velas;  
Tú das valor y en el martirio egemplo;  
Y tú en el corazón del que te adora  
Con columnas de amor le alzas un templo.

Y después de esta vida de amargura  
Cuando se rompen los funestos lazos  
Que unen el alma á la materia impura,  
Al polvo de ignorada sepultura  
Defensa dan tus extendidos brazos,  
Y pides su oración al caminante,  
Y recuerdas al alma adormecida  
En su dicha ilusoria,  
Que en tí acaba la senda de la vida  
Y en tí empieza el camino de la gloria.

¡Ay! que si el hombre, cuando en lucha fiera  
Su propia libertad defiende osado:  
Levántase tu imagen por bandera,  
Trocando de improviso  
La esclavitud y el llanto en alegría,  
De este valle de lágrimas haría  
El trasunto mas fiel del paraíso.

FELIX PIZCUETA.

## UN LANCE DE HONOR.

## Narración de un loco.

## (Conclusion.)

## II.

Próxima estaba la media noche cuando  
llegué al sitio señalado para nuestro desafío.  
Reinaba una oscuridad profundísima, y la naturaleza reposaba en un silencio aterrador; no era el silencio del que duerme, sino el silencio del que ha muerto; parecía que había sonado la hora del juicio final y que ya no tenían las nubes tempestades, ni curso las aguas, ni lengua los vientos, ni eco las montañas, ni armonías los bosques, ni el mundo vivientes.

Procuré reponerme de mi turbación y me puse á reflexionar sobre la serie de sucesos sobrenaturales que me habían conducido á aquel sitio. Aquel monstruo que yo había tomado por Regina, aquel borrego que me había desafiado ni mas ni menos que yo había desafiado á los hombres, aquel borrego que hablaba y que discurría, debía haberme llenado de temor, y sin embargo había aceptado un combate insólito y me encontraba dispuesto á luchar con un animal, animado tal vez por el espíritu maligno.

Una viva claridad iluminó un sendero, y á poco el borrego apareció gravemente en la encrucijada; detrás de él, empuñando teas caminaban dos animales desconocidos, una especie de orangutanes de cabeza enorme y garras de águila y patas de cabra, mas horribles que los faunos y sátiros, mas horribles que esas creaciones extravagantes que vemos en los capiteles bizantinos.

Un sudor frío corrió por mi cuerpo, y temblé... sí, temblé; pero una fuerza extraña me obligaba á permanecer en aquel sitio. Yo creo... ¡Dios me perdone!... que el maligno espíritu que vivía en el borrego egercía también en mí una poderosa influencia.

Uno de los monstruos se colocó á mi lado, el otro al del borrego; la broma se había hecho seria y era preciso pelear.

De buena gana hubiera huido de aquel sitio; pero me era de todo punto imposible; el miedo paralizaba mis movimientos y además no sé si aquellos extraños personajes me hubieran permitido correr libremente.

La luz que despedían las teas tenía un tinte azulado que daba un carácter mas siniestro todavía á aquel horrible sitio, á aquellos animales desconocidos; y luego continuaba

aquel silencio, aquella muerte de la naturaleza, aquella quietud espantosa de los elementos que tenía no sé qué de fúnebre que me erizaba los cabellos.

El borrego me miraba; no pude sostener su mirada y fijé mis ojos en los monstruos; los monstruos me miraban también; aquellas miradas me fascinaron, y como si estuvieran impregnadas de magnetismo, mi voluntad quedó encadenada á su voluntad.

Comprendí que había llegado el momento de pelear y me dejé caer de rodillas. Quise rezar y no pude, mis ideas estaban tan apesadas á la tierra que no sabían elevarse al cielo.

Me persuadí entonces firmemente de que Satanás se había apoderado de mi alma, de que era ya su esclavo, y tal fue mi espanto que desapareció por un momento mi racionalidad, dejé de pensar y me confundí con los brutos. Instintivamente coloqué mis manos en tierra y esperé.

El borrego dió dos pasos hacia atrás; yo no me moví: después se dirigió hacia mí rápidamente; entonces volví á pensar. Una idea apareció clara en mi imaginación, la de que iba á morir; estaba seguro de que mi cráneo iba á saltar en pedazos al choque del animal. Sin embargo, permanecí clavado en el mismo sitio.

Un choque terrible del borrego conmovió dolorosamente mi cerebro, como si hubieran golpeado mi cabeza con una maza de hierro. Creí llegado mi último momento, y recogiendo todas mis fuerzas, rompí aquella fascinación que me sujetaba, desligné mis labios mudos, elevé mi corazón á Dios, y grité:

—¡Señor, tened misericordia de mí!

En aquel instante comenzaron á sonar las doce en el reloj de la ciudad vecina, y resonó en los aires el canto metálico de un gallo; como por encanto se rompió el silencio de la naturaleza, silbaron los vientos, susurraron las aguas del río, murmuraron las olas al romperse en la cercana playa, las hojas de los árboles modularon tristes gemidos, se agitaron las aves y los insectos, y las nubes, que parecían montañas de plomo, comenzaron á moverse.

Los monstruos arrojaron las teas, y no quedó otra luz en aquella profunda oscuridad que el resplandor que despedían los ojos del borrego, que parecían dos ascuas de oro, resplandor que me bastaba para distinguir lo que pasaba á mi alrededor.

Dos alas enormes, como de murciélago, brotaron de las espaldas de los jímios, uno de ellos cogió con sus garras al borrego y juntos emprendieron un vuelo silencioso como el del buho.

Turbado por tan extraordinarios sucesos, persuadido de que iba á morir, caí en tierra y próximo á desvanecerme, seguí todavía con la mirada estraviada á los esclavos de Satanás.

Los jímios se fueron alejando, pronto se fundieron sus cuerpos en las tinieblas, y solo allá, en la inmensidad, como dos estrellas errantes, distinguía los ojos ardientes del borrego, que todavía parecían fijos en mí.

Todo esto fue tan rápido que el grupo volador se hallaba á una inmensa distancia cuando sonaba todavía la última campanada de las doce.

Volvió á cantar aquel gallo que había escuchado poco antes y perdí completamente el sentido.

## III.

Cuando volví en mí había llegado el día; un día hermoso de primavera. Sentía un dolor agudo en la cabeza, llevé á ella mi mano y me convencí de que no estaba herido, sino que sufría únicamente una fuerte contusión.

Intenté moverme, y un hombre vino en mi ayuda, era el tío Pepino. Le di las gracias, y él me cuidó con tierna solicitud.



La sonrisa sarcástica que reinaba de costumbre en su semblante había desaparecido, dando lugar á una espresion de sufrimiento y de pena.

Aquello me reconcilió con él. Olvidé todas mis prevenciones en contra suya, y como necesitaba desahogar mi corazón, le referí todo lo que me había ocurrido en la noche anterior.

El tío Pepino me escuchaba con asombro.

Cuando terminé, le dije:

—¿No le parece á V., tío Pepino, que ese

lance de honor que me ha proporcionado el demonio, porque indudablemente el demonio vivía en el cuerpo del borrego, ha sido un castigo del cielo? ¿No le parece á V. que Dios ha permitido á Satanás que me atormentara de esa manera para desterrar de mi pensamiento mi funesta afición á los desafíos?

El tío Pepino era un hombre que ni siquiera comprendía mi lenguaje, y cuya razón debía andar algo estraviada; porque me miró con estraneza, abrió desmesuradamente los

ojos, y como si hablara consigo mismo murmuró entre dientes:

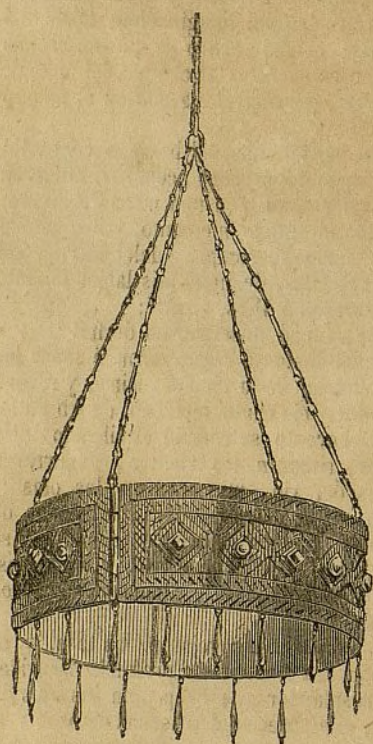
—¡Y yo que le creí un ladrón y le di un garrotazo en la cabeza! ¡Pobre loco!

A los pocos días desapareció mi contusión y no he vuelto más al bosquecillo.

El tío Pepino continúa siendo pescador de caña.

RAFAEL BLASCO.

CORONAS VOTIVAS DE LA REAL FAMILIA DE RECESVINTO,  
encontradas en Guarrazar, provincia de Toledo, existentes hoy en el Museo Imperial de Cluny.

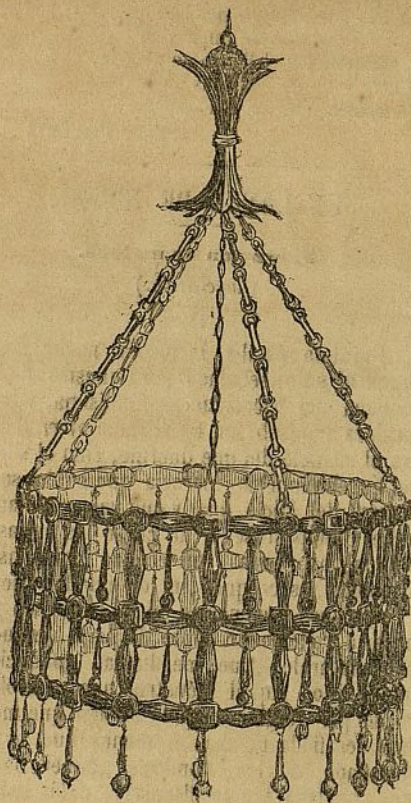


CORONAS VOTIVAS.

La corona que representa el grabado perteneció al Rey Godo Flavio Recesvinto, está suspendida por una cuádruple cadena de hermosa labor, que la enlaza á un florón de oro macizo, enriquecido con 12 colgantes de záfiro y coronado por un capitel de cristal de roca delicadamente trabajado; luego sigue una bola de la misma materia; y por último, el gancho de oro que formaba el punto de partida de la suspensión.

La cruz que ocupa el centro de la corona y está sujeta al florón por una larga cadena de oro, no es menos notable por la riqueza de su adorno y elegancia de la forma: es de oro macizo realzado por seis hermosos záfiro y ocho gruesas perlas montadas al aire. En el reverso se conserva todavía la hebilla que servía para suspenderla del manto imperial.

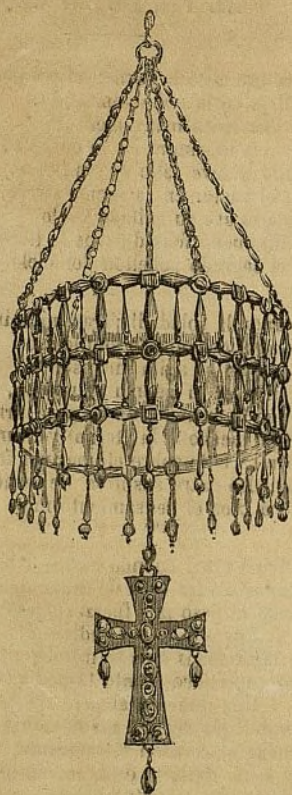
Esta corona es de un peso considerable, y la riqueza del metal, unida á la hermosura de las piedras preciosas que constituyen su principal adorno, hace que sea una de las más suntuosas joyas que se puedan ver. Su ege-



cucion fue de las más esmeradas; el engaste de las piedras preciosas está hecho con toda amplitud, y contribuye, no poco, á dar á este precioso monumento el aspecto de fuerza y de poder que lo caracteriza en alto grado.

Las otras tres coronas debieron pertenecer á las hijas ó hijos de este Rey, pues así lo indica la leyenda, que se ve en una de las cruces.

Dos de ellas se distinguen de las demás por su elegancia y ligereza, están enriquecidas de piedras preciosas en número de 54 cada una de ellas; la diadema ó gran círculo está reemplazada en éstas por una malla de oro macizo con resaltes de piedras, de nácar y perlas finas en la intersección de las junturas, y de



colgantes de perlas finas y de záfiro de color.

La otra es más sencilla y se compone de una diadema de oro enriquecida con una fila de piedras preciosas, las tres se abren por medio de charnelas.

El Museo de las termas y del palacio de Cluny se ha enriquecido con estas coronas, logrando con su adquisición poseer una colección sin igual de joyas las más preciosas, que por lo espléndido de la materia, como por el mérito de la ejecución, y más que todo, tal vez, por su indisputable origen, y por su admirable conservación, son superiores á todo lo análogo existente en las colecciones públicas de Europa y en los tesoros más célebres de Italia.

F. M.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.